

¿CUAL ES EL CAMINO A SEGUIR?

La legítima inquietud frente a los resultados electorales ha provocado diversos planteamientos políticos e ideológicos que alimentan el gran diálogo que debe iniciar la Izquierda. ARAUCO estima del más alto interés dar a conocer algunos de estos trabajos, como elementos de juicio para este debate y como muestra de la sana inquietud que vigoriza nuestras filas y afirma la libre y democrática discusión interna. Además proyecta, siguiendo esta línea, dar a conocer otros documentos, especialmente un análisis del comportamiento electoral de los diferentes sectores sociales, lo que esperamos publicar en el próximo número.

La incógnita electoral ha sido despejada absolutamente. Y no valen aquí las interpretaciones acerca de los factores que influyeron en la campaña misma, en el terreno de lo proplamente electoral. Porque no es la derrota electoral lo que debemos apreciar en estos instantes, sino más bien la significación histórica que ella tiene en la conducción y estrategia del movimiento popular. Para los que guardamos silencio disciplinadamente, ante la voluntad mayoritaria de quienes pensaron en la posibilidad de un triunfo a través del sufragio, el desenlace del 4 de Septiembre no nos ha cogido de sorpresa. No es nuestro ánimo recriminar a nadie; todos estuvimos comprometidos en el asunto, en virtud de un acuerdo para probar una vez más las posibilidades de la vía eleccionaria. Pero ahora es necesario enfocar con responsabilidad de dirección política esta dolorosa experiencia del pueblo chileno.

Hemos dado una batalla dentro de los marcos de la constitucionalidad burguesa, con todas las desventajas que ello implica y adecuando además nuestra estrategia a las exigencias del oportunismo electoralista. Desde este último punto de vista se ha hecho todo lo que debía hacerse; no hay por lo tanto en lo fundamental, errores que pudieran computarse a la dirección nacional de la campaña. Pero precisamente, en esta interpretación prolija y detallista de la vía electoral burguesa, está el germen más profundo de la desorientación de las grandes masas populares. Dejamos de

ser para ellas una alternativa revolucionaria fuerte y poderosa, para constituirnos en una vanguardia progresista que prometía grandes cambios dentro del régimen jurídico del estado burgués. Una vanguardia vacilante no le sirve al pueblo; el proletariado y el campesinado necesitan creer en una fuerza conductora de sólida fundamentación ideológica; ellos esperan un lenguaje claro que sea fiel trasunto de su propia realidad; la explotación del campesino, su miseria, está directamente relacionada con el egoísmo, la avaricia y prepotencia del dueño del fundo; no puede comprender entonces que haya patrones malos y patrones buenos. Una seria y profunda reforma agraria, sólo se verifica a través de una transformación profunda del derecho de propiedad, que termine definitivamente con la oligarquía feudal; y para ello había que establecer claramente en la conciencia del campesinado, el sentimiento de la lucha irreconciliable y generalizada en contra del patrón explotador.

La campaña se caracterizó por un constante movimiento de desfiguración de la línea política de Frente de Trabajadores. Las exigencias de la estrategia electoral nos hacían rodar por la pendiente de la constante transacción en el lenguaje político. La perspectiva de la confrontación de clase quedó diluida dentro de un ambiente de colaboracionismo a través de la incorporación de grupos y personas desgajados de la burguesía y aún de la oligarquía feudal. Era difícil mantener así la adecuación a un conjunto de principios que permitieran reflejar una clara estrategia revolucionaria.

Ahora no se trata de justificar una nueva postergación en las aspiraciones del pueblo chileno adoptando una postura pesimista u optimista. Se trata más bien de afrontar la realidad con honradez y responsabilidad.

En 1958 se repitió hasta el cansancio que la izquierda había salido fortalecida con los 350 mil sufragios de Salvador Allende. No obstante se había perdido la elección y la tragedia del campesino y el obrero se seguiría agudizando por otros 6 años. Entonces votaron 1.200.000 electores más o menos. Hoy hemos obtenido 1 millón de sufragios en una masa de 2.500.000 votantes; y nuevamente decimos que la izquierda se ha fortalecido y que si bien perdimos la elección, es claro que ganamos un serio robustecimiento del movimiento popular. En 1970 puede que llegemos a los 2 millones de votos en una masa electora que puede llegar a los 5 millones de participantes; y así continuaremos engrandeciendo el movimiento popular y perdiendo las elecciones presidenciales indefectiblemente. No es este un enfoque pesimista, ni una interpretación irónica de la realidad electoral; es sólo una visión en perspectiva que bien podría resultar diferente, pero que en el momento está avalada por sucesivas experiencias. Y el gran perdedor, económica y socialmente hablando es el pueblo.

El Partido Socialista se fundó en el año 1933, y desde 1937 hasta

la fecha ha vivido permanentemente en función de un proceso electoral, que reiteradamente se ha venido manifestando como un factor disociador de la estructuración revolucionaria de la institución. 30 años es un lapso más que largo en la vida de un Partido de la clase obrera, como para que las experiencias acumuladas no enseñen a sus dirigentes más conscientes de que el camino seguido es equivocado. Debemos escuchar repetidamente en boca de los personeros más calificados de la izquierda, que las condiciones no están dadas en Chile para impulsar la vía revolucionaria. Las condiciones objetivas existen en nuestro país; las que no existen o están aún muy debilitadas, son las condiciones subjetivas; y esto no es una casualidad; los principales responsables de esta situación son los partidos vanguardias de la clase trabajadora. Se han perdido 30 años en una estrategia deformada que ha impedido fraguar una verdadera conciencia de clase en los trabajadores. ¿Es que pretendemos seguir en este camino? Ahora es el momento, después de este fracaso electoral que nos ha demostrado que las fuerzas del imperialismo, de la oligarquía feudal y de los monopolios nacionales constituyen todavía una fuerza de enorme poder, que no es posible derrotar electoralmente. Ahora es el instante en que debemos iniciar nuestra tarea verdaderamente revolucionaria. Chile no es Cuba; nosotros no necesitamos una Sierra Maestra. Podemos y debemos actuar en función de nuestras propias características económico-sociales.

Un pueblo de 8 millones de habitantes que muestra una tasa de analfabetismo activo del 42%; un índice de mortalidad infantil que está entre los más altos de Iberoamérica; un déficit habitacional de 600 mil casas, que obliga a 5 chilenos de cada 10 a vivir en poblaciones callampas, cités y conventillos insalubres donde se carece de las más mínimas y elementales instalaciones y comodidades que reclama una vida higiénica y decorosa; un pueblo que como el nuestro padece en un gran porcentaje de desnutrición y hambre acumulada; que tiene más de 200 mil personas cesantes, sin contar el innumerable ejército de los que trabajan ocasionalmente porque la actividad económica del país no les permite una ocupación estable; un pueblo que vive en la incertidumbre de un destino sin perspectivas, oscuro y miserable, flanqueado diariamente por las mil urgencias materiales de una vida que no espera, de una existencia que le reclama minuto a minuto su sustentación, es un pueblo en el que las condiciones objetivas para la iniciación de un proceso revolucionario claro y pujante, están latentes, a flor de piel, dispuestas a manifestarse al primer intento de detección.

No basta mostrar al pueblo su destino. Es necesario mostrarle también el camino para realizarlo. Hay que guiarlo sabiamente; un revolucionario consciente, es también un creador y un artista, además de un combatiente fiel y resuelto en la acción. La conciencia revolucionaria de la clase trabajadora no nace siempre espontáneamente; hay que formársela a través de la acción y de la

lucha clara y abierta. La liberación de los trabajadores sólo es posible conquistarla en el derrocamiento de la burguesía y para ello el instrumento absoluto es la lucha de clases. No podemos decir al pueblo que las grandes transformaciones estructurales las podemos hacer en Chile dentro del orden burgués y respetando su constitucionalidad y sus leyes. La permanencia del régimen capitalista significa continuidad en la explotación del trabajo humano. Utilicemos los caminos que el medio económico-social chileno nos permite, pero no mixtifiemos nuestro lenguaje. Al pueblo se le guía con la verdad, y la verdad está en el socialismo como supremo imperativo histórico. Hagamos buen uso del marxismo como método de interpretación y de clarificación del pensamiento de la clase obrera; conduzcámosla por el camino de la confrontación abierta de clases; denunciemos las tendencias pequeño-burguesas de los colaboracionistas que pretenden todavía que la burguesía o sectores de ella puedan ser progresistas; los intereses de clase deben quedar al descubierto y claramente expresados; precisión de conceptos no significa ni dogmatismo ni sectarismo; la realidad histórica reclama un adecuado lenguaje. Iberoamérica demuestra en estos instantes de manera palmaria que las revoluciones democrático-burguesas no tienen expresión en su territorio. Las formas de producción capitalistas no han podido desarrollarse en estos países debido a la acción negativa del imperialismo norteamericano; no tenemos en consecuencia una burguesía independiente y poderosa, cuya conciencia de clase sea el producto de un sistema capitalista altamente desarrollado. Por el contrario, es una clase social conscientemente débil, cuyo poder como minoría dirigente descansa definitivamente en el apoyo que le brinda el imperialismo norteamericano. Su destino está entrelazado férreamente al de los intereses de los grandes monopolios extranjeros. Las burguesías iberoamericanas están desnacionalizadas, como lo están nuestras materias primas. Al entregar nuestras riquezas naturales a la avidez del inversionista yanqui, entregaron también su conciencia y su destino. La nacionalidad pasa a ser para ellos una categoría abstracta, que anteponen como un valor supremo, desprovisto de toda concreción y objetividad, como también de significación social. No puede por lo tanto esperarse que estas burguesías puedan impulsar una acción de liberación nacional y de independencia económica del imperialismo norteamericano. Tampoco es posible esperar actitud análoga de los sectores pequeño-burgueses, cuya gravitación dentro del área de influencias de la burguesía les hace proclives a unir sus esperanzas y su acción junto a ésta, adoptando y reflejando sus mismas fuentes de valoración social y política.

El movimiento popular está formado fundamentalmente por quienes viven de un sueldo o un salario; por quienes viven de una renta limitada; de un esfuerzo personal directamente relacionado con las posibilidades de la clase trabajadora (pequeños comercian-

tes, industriales modestos, profesionales de clase media, artistas e intelectuales, etc.). Es un sector que no tiene ninguna vinculación de intereses con el sistema capitalista, y por lo mismo, no tiene ninguna razón para desear su permanencia. Estos sectores son potencialmente revolucionarios; no tienen nada que perder con un cambio de régimen, y por el contrario, se les abre una gran perspectiva futura. El empleado modesto, el obrero esforzado, que pese al deficiente sistema previsional imperante en nuestro país, ha logrado hacerse propietario de una casa habitación, no puede deducir de esta ventaja obtenida en el medio burgués, una actitud de defensa del sistema capitalista. La vivienda es un derecho indiscutible de todo hombre, cuyo reconocimiento está en el principio mismo de una convivencia social justa. Es fácil hacer comprender a estos trabajadores el verdadero sentido de sus relaciones de clase.

Estos momentos post-electorales nos reclaman con urgencia la iniciación de un nuevo camino para conducir el movimiento popular. Debemos volver a la esencia de nuestra política de Frente de Trabajadores. Ella corresponde de una manera clara a una estrategia de confrontación de clases. La tarea es ardua evidentemente; 30 años de convivencia política de nuestro partido en un medio burgués en el que ha compartido las tácticas de las agrupaciones políticas de la pequeña burguesía, significan un largo trecho en la acumulación de errores que es necesario extirpar. La coexistencia permanente dentro de este largo período junto a instituciones pseudo-democráticas y constitucionalistas ha contribuido a debilitar las perspectivas revolucionarias de nuestra acción. Y era lógico que así fuera, el peso de la constitucionalidad y del demócratismo pequeño-burgués se ha transformado en un volumen gaseoso que nos ha traspasado a todos agigantando la imagen de una mentalidad jurídico-constitucionalista "sui generis". ¿Cuánto interés ha puesto la burguesía en la confirmación de esta imagen? La Derecha se ha vestido siempre en Chile con la dorada piel de las virtudes democráticas y constitucionalistas. Ellos se han calificado como los defensores del derecho y del estado jurídico imperante, acusando a la izquierda de atentar contra las instituciones democráticas de la República. Y nosotros al defendernos, hemos caído en el juego; la burguesía tácticamente nos ha llevado a su terreno. Nos ha obligado a reconocer un sentimiento jurídico-constitucionalista imperante en la mentalidad del chileno, que le hace respetar las instituciones impuestas por la burguesía. Que ante esta realidad nosotros propiciamos y pretendemos realizar cambios de fondo dentro de la legalidad y del derecho burgués. Somos unos revolucionarios constitucionalistas. Y cuando teóricamente expresamos un pensamiento correcto en torno a nuestra doctrina marxista, y un enfoque serio del momento histórico mundial, nos apresuramos a añadir que no obstante nuestras ideas, nosotros sabemos que en Chile "las condiciones no están dadas"

para proyectar una acción conteste con nuestro lenguaje. No hay que asustar a la burguesía.

Pero ahora es necesario un vuelco total en esta estrategia. No podemos seguir haciendo los "niños buenos". Como partido vanguardia de la clase trabajadora debemos impulsar una política clara y definida. El movimiento popular debe acostumbrarse al lenguaje directo y tajante de la izquierda, fiel trasunto de la realidad económico-social que vive nuestro país.

Hemos formulado teóricamente que el reformismo pequeño-burgués está definitivamente fracasado como perspectiva de cambios radicales en el orden económico-social. En consecuencia sólo el movimiento popular puede llevar a cabo las grandes transformaciones estructurales a través de un gobierno revolucionario.

¿Hay acaso otro camino? ¿Está esta concepción sobrepasada por las actuales formas sociales imperantes en el mundo y por el desarrollo de las relaciones de clases al tenor de la correlación de fuerzas mundiales? La esencia fundamental del sistema capitalista se mantiene inmodificada. Ella se manifiesta en los países en que impera la democracia burguesa, en la división y explotación social del trabajo; en la mantención de salarios a nivel de subsistencia; y fundamentalmente, en el control de los poderes del estado por la clase dirigente. La división clásica de los poderes del estado en la democracia burguesa: Ejecutivo, Legislativo y Judicial, con su interdependencia, sabemos que en el fondo es una soberana farsa. La burguesía gobernante controla férreamente estos tres instrumentos del poder, los que se convierten en tres expresiones distintas de una misma fuente de dominio: el capitalismo monopolista. A la clase trabajadora le queda sólo un recurso, el de su unidad indestructible en una clara conciencia de clase. Dentro de la estructura capitalista y pese a todas las evoluciones formales que pueda haber sufrido el sistema, y a la aparente modificación en los términos de las relaciones sociales, hay una sola cosa clara e inamovible, que los trabajadores como tales, son el producto y el instrumento del capitalismo para la acumulación de la riqueza individual. Las mercancías son el producto del trabajo socializado, pero la riqueza que ellas producen, se distribuye de manera individual entre unos pocos privilegiados.

Es decir, que no hay sobrepasamiento aquí, de las concepciones matrices del marxismo. La lucha de clases es una formulación científica y no se presta a reinterpretaciones y formulaciones en relación a simples modificaciones superestructurales. Ella arranca del fondo del problema económico-social que genera el capitalismo, en su configuración estructural. No nos dejemos llevar por inclinaciones metafísicas en la formulación de nuestro lenguaje revolucionario. Hay quienes marcan más el acento en la destreza del lenguaje que en la realidad de las cosas, y así pretenden imponer una falsa imagen del acontecer político y social. No olvidemos que el lenguaje es una función social y por lo mismo su realidad ins-

trumental sólo se verifica cuando florece desde la más íntima profundidad de las cosas descubriéndolas en su verdadera dimensión. Creemos que es necesario en estos instantes en que venimos saliendo de una experiencia electoral adversa, iniciar un reencuentro con nuestra ideología para vitalizar nuestro enfoque de la realidad nacional. Hemos logrado hacer conciencia en un millón de electores; ahora es necesario profundizar en ellos una clara concepción de la consistencia de nuestros problemas vitales. La conformación sociológica de nuestro pueblo nos hace comprobar la importancia de los sectores de clase media y su presencia decisiva en todo pronunciamiento colectivo. Debemos impulsar una acción de profilaxia ideológica en la conciencia de estos sectores captándolos para nuestra causa a través de un enfoque serio de sus problemas. El funcionario de clase media, el empleado modesto, han sufrido permanentemente la proyección de una interpretación deformada de su status social. La sociedad burguesa les impuso la fuerza cotidiana de sus propios valores y los transformó en un remedo caricaturizado del hombre burgués. Han vivido permanentemente la tragedia de la simulación y de la apariencia. Sin embargo hasta ahora, han asumido dócilmente los viejos conceptos y se han apropiado las imágenes trascendentes que les impone el actual orden social. Son proletarios y pretenden vivir como burgueses; su conciencia de clase no ha sido aún claramente manifestada. Nuestro gran error ha consistido en que hemos pretendido captarlos suavizando el lenguaje de la realidad. Los hemos confirmado así en sus propias apreciaciones, cuando de lo que se trataba era de despertarlos de su adormecimiento pequeño-burgués. No es extraño que en estas circunstancias la Democracia Cristiana haya tenido mayor éxito que nosotros en estos sectores. Un lenguaje parecido en el enfoque superficial de los problemas y un ataque a fondo por parte de ellos en contra del comunismo, ingrediente que le permitió a este partido acariciar y confirmar los prejuicios de estos sectores en contra de los partidos populares.

Es indispensable ir a un agudizamiento cada vez más pronunciado en las contradicciones de clase. Hay que transformar al partido en una verdadera vanguardia revolucionaria, que dé orientación a la clase trabajadora para una lucha decisiva. No hay posibilidad de solucionar los problemas de los sectores populares sin la toma del poder. La lucha reivindicativa de los gremios debe transformarse en lucha revolucionaria. Para ello el partido debe constituirse en una fábrica de dirigentes sindicales revolucionarios, con una sólida conciencia de clase. El dirigente sindical socialista ha de reflejar en todos los frentes de su acción la política del partido. Pero el dirigente sindical debe ser preparado política y sindicalmente; tendrá que ser siempre el más capaz dentro de su gremio, que dé confianza a los trabajadores y pueda ser elegido democráticamente; nada de electoralismo dentro del gremio, nada de transacciones y enjuagues politiqueros; una clara fundamentación ideo-

lucha clara y abierta. La liberación de los trabajadores sólo es posible conquistarla en el derrocamiento de la burguesía y para ello el instrumento absoluto es la lucha de clases. No podemos decir al pueblo que las grandes transformaciones estructurales las podemos hacer en Chile dentro del orden burgués y respetando su constitucionalidad y sus leyes. La permanencia del régimen capitalista significa continuidad en la explotación del trabajo humano. Utilicemos los caminos que el medio económico-social chileno nos permite, pero no mixtifiquemos nuestro lenguaje. Al pueblo se le guía con la verdad, y la verdad está en el socialismo como supremo imperativo histórico. Hagamos buen uso del marxismo como método de interpretación y de clarificación del pensamiento de la clase obrera; conduzcámosla por el camino de la confrontación abierta de clases; denunciemos las tendencias pequeño-burguesas de los colaboracionistas que pretenden todavía que la burguesía o sectores de ella puedan ser progresistas; los intereses de clase deben quedar al descubierto y claramente expresados; precisión de conceptos no significa ni dogmatismo ni sectarismo; la realidad histórica reclama un adecuado lenguaje. Iberoamérica demuestra en estos instantes de manera palmaria que las revoluciones democrático-burguesas no tienen expresión en su territorio. Las formas de producción capitalistas no han podido desarrollarse en estos países debido a la acción negativa del imperialismo norteamericano; no tenemos en consecuencia una burguesía independiente y poderosa, cuya conciencia de clase sea el producto de un sistema capitalista altamente desarrollado. Por el contrario, es una clase social conscientemente débil, cuyo poder como minoría dirigente descansa definitivamente en el apoyo que le brinda el imperialismo norteamericano. Su destino está entrelazado férreamente al de los intereses de los grandes monopolios extranjeros. Las burguesías iberoamericanas están desnacionalizadas, como lo están nuestras materias primas. Al entregar nuestras riquezas naturales a la avidez del inversionista yanqui, entregaron también su conciencia y su destino. La nacionalidad pasa a ser para ellos una categoría abstracta, que anteponen como un valor supremo, desprovisto de toda concreción y objetividad, como también de significación social. No puede por lo tanto esperarse que estas burguesías puedan impulsar una acción de liberación nacional y de independencia económica del imperialismo norteamericano. Tampoco es posible esperar actitud análoga de los sectores pequeño-burgueses, cuya gravitación dentro del área de influencias de la burguesía les hace proclives a unir sus esperanzas y su acción junto a ésta, adoptando y reflejando sus mismas fuentes de valoración social y política.

El movimiento popular está formado fundamentalmente por quienes viven de un sueldo o un salario; por quienes viven de una renta limitada; de un esfuerzo personal directamente relacionado con las posibilidades de la clase trabajadora (pequeños comercian-

tes, industriales modestos, profesionales de clase media, artistas e intelectuales, etc.). Es un sector que no tiene ninguna vinculación de intereses con el sistema capitalista, y por lo mismo, no tiene ninguna razón para desear su permanencia. Estos sectores son potencialmente revolucionarios; no tienen nada que perder con un cambio de régimen, y por el contrario, se les abre una gran perspectiva futura. El empleado modesto, el obrero esforzado, que pese al deficiente sistema previsional imperante en nuestro país, ha logrado hacerse propietario de una casa habitación, no puede deducir de esta ventaja obtenida en el medio burgués, una actitud de defensa del sistema capitalista. La vivienda es un derecho indiscutible de todo hombre, cuyo reconocimiento está en el principio mismo de una convivencia social justa. Es fácil hacer comprender a estos trabajadores el verdadero sentido de sus relaciones de clase.

Estos momentos post-electorales nos reclaman con urgencia la iniciación de un nuevo camino para conducir el movimiento popular. Debemos volver a la esencia de nuestra política de Frente de Trabajadores. Ella corresponde de una manera clara a una estrategia de confrontación de clases. La tarea es ardua evidentemente; 30 años de convivencia política de nuestro partido en un medio burgués en el que ha compartido las tácticas de las agrupaciones políticas de la pequeña burguesía, significan un largo trecho en la acumulación de errores que es necesario extirpar. La coexistencia permanente dentro de este largo período junto a instituciones seudo-democráticas y constitucionalistas ha contribuido a debilitar las perspectivas revolucionarias de nuestra acción. Y era lógico que así fuera, el peso de la constitucionalidad y del democratismo pequeño-burgués se ha transformado en un volumen gaseoso que nos ha traspasado a todos agigantando la imagen de una mentalidad jurídico-constitucionalista "sui generis". ¿Cuánto interés ha puesto la burguesía en la confirmación de esta imagen? La Derecha se ha vestido siempre en Chile con la dorada piel de las virtudes democráticas y constitucionalistas. Ellos se han calificado como los defensores del derecho y del estado jurídico imperante, acusando a la izquierda de atentar contra las instituciones democráticas de la República. Y nosotros al defendernos, hemos caído en el juego; la burguesía tácticamente nos ha llevado a su terreno. Nos ha obligado a reconocer un sentimiento jurídico-constitucionalista imperante en la mentalidad del chileno, que le hace respetar las instituciones impuestas por la burguesía. Que ante esta realidad nosotros propiciamos y pretendemos realizar cambios de fondo dentro de la legalidad y del derecho burgués. Somos unos revolucionarios constitucionalistas. Y cuando teóricamente expresamos un pensamiento correcto en torno a nuestra doctrina marxista, y un enfoque serio del momento histórico mundial, nos apresuramos a añadir que no obstante nuestras ideas, nosotros sabemos que en Chile "las condiciones no están dadas"

lógica, una nítida comprensión del problema gremial y una seria posición revolucionaria, son las armas de que debe estar provisto el dirigente. El partido debe encargarse como cosa fundamental de esta formación de los dirigentes sindicales. Hay que administrar la huelga general como vehículo para desatar en nuestro país un proceso revolucionario serio y eficaz.

La lucha contra la burguesía debe ser violenta y sin cuartel; la denuncia diaria frente a las masas de todos sus manejos y contradicciones económicas. Lucha abierta en contra de todas sus instituciones que defienden el orden existente; contra la Iglesia Católica, cuidando de demostrar que una cosa son los sentimientos religiosos del pueblo, y otra, las posiciones políticas de la Iglesia a través de las cuales se defienden determinados privilegios de clase. Tenemos que establecer claridad en torno a este problema, para apartar al pueblo de la influencia negativa de esta institución. Buscar en todas las postulaciones de la burguesía y de la pequeña burguesía, el puñal bajo el poncho. Nada hay que ellos propongan que no lleve una segunda intención. Nosotros debemos estar alertas, no caer en el juego de la coexistencia pacífica. Todo lo nuevo nace de la destrucción de lo viejo. La complementación dialéctica es un movimiento por el cual una realidad se supera incorporando a lo nuevo los elementos desintegrados de la síntesis anterior. No es una simple suma de factores distintos, sino oposición de ambos, destrucción del más débil y superación en una nueva síntesis integradora de la realidad. La clase trabajadora tiene ante sí un camino bien claro, su liberación sólo puede ser el producto de su propia lucha social. El sistema capitalista no puede ser reemplazado a través de la entrega gratuita por la burguesía de sus privilegios de clase. El orden burgués será defendido por la clase dirigente hasta sus últimas consecuencias, echando manos a todos los poderosos recursos de que puede contar para vencer al proletariado. Debemos cuidarnos de alentar en la clase trabajadora ideas que puedan provocar en ella un germen de desorientación y de debilitamiento de su fuerza combativa. Las actitudes ambivalentes y transaccionales debemos rectificarlas de inmediato si queremos ver transformado al Partido en la verdadera vanguardia del movimiento popular chileno.

El panorama iberoamericano está demostrando en estos instantes cómo el imperialismo norteamericano se juega entero en su apoyo a las burguesías de esta región para seguir imponiendo su política de despojo. La política de no intervención y de autodeterminación de los pueblos será sólo una aspiración de formulación meramente teórica en los tratados internacionales, mientras no se logre definitivamente la insurgencia revolucionaria de los pueblos en una lucha frontal para derrocar a las burguesías nacionales, entregadas dócilmente al Departamento de Estado Norteamericano. Nuestra ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba y la posterior de Uruguay, es una prueba concluyente de esta afirmación.

En estas circunstancias, cabe al Partido Socialista la responsabilidad de pesar hondamente este crucial momento histórico, después del evento electoral recientemente realizado. No podemos continuar impulsando una política equivocada; no tenemos el derecho de defraudar a la clase trabajadora chilena, convirtiendo su lucha revolucionaria en una vulgar sucesión de justas electorales, a través de las cuales van quedando hechas girones las más legítimas aspiraciones de bienestar social de las grandes mayorías.

Nuestra política de Frente de Trabajadores es teórica y socialmente justa; volvamos sobre ella y apliquémosla de una manera decidida. Volquémonos a los diversos frentes de masas, en una labor de reencuentro y radicalización de nuestra condición de vanguardia política. Impulsemos las Escuelas de Cuadros para difundir el marxismo y la línea política del partido; formemos dirigentes honestos y capaces. Labremos el porvenir de la clase trabajadora chilena a través de la acción resueltamente revolucionaria. Luchemos denodadamente porque el socialismo es una realidad futura que se viene acercando a nuestra América a pasos de gigante. Demos nuestro esfuerzo, nuestra inteligencia y nuestro corazón al Partido y a la clase trabajadora, porque sólo a través de ellos realizamos nuestra condición de revolucionarios y otorgamos dignidad a nuestra existencia social. Esta derrota electoral ha sido una magnífica experiencia para nosotros; aprovechémosla adecuadamente, volviendo sobre nuestros pasos e iniciando una nueva acción sobre la base de una interpretación exacta de nuestra política de Frente de Trabajadores.

MONTHLY REVIEW

SELECCIONES EN CASTELLANO

SUSCRIPCIONES:

ANUAL (12 números)	E\$ 10.—
SEMESTRAL (6 números)	5.—
NUMEROS SUELTOS	0,90

ES UNA PUBLICACION DE
PRENSA LATINOAMERICANA S. A.
CASILLA 10430 - SANTIAGO